

## III.

NO HAY PLAZO QUE NO SE CUMPLA NI DEUDA QUE NO SE PAGUE.

DUEÑO ya de la vega, Poblet dió mayor espacio á la cueva erigiendo en ella un oratorio y un altar bajo la invocacion de San Salvador, en memoria de haberle Dios salvado. No se pasó mucho tiempo sin que se le reunieran dos amigos dispuestos á vestir hábitos de penitencia y á sepultarse como él en la profundidad de un desierto.

Entonces empezó para esos hombres, santos y piadosos varones, una vida de contemplacion y de dulzura, de amor y de encanto, de consuelo y de gloria, como tenerla pudieran aquellos primeros solitarios que entre las breñas de la Tebaida, obreros de la civilizacion de los pueblos, trabajaban sin descanso para levantar el edificio cristiano sobre los restos de un Dios de barro, dispuestos á morir y á sufrir — héroes y mártires! — sobre la cruz del sacrificio, ó á prestar al cristianismo un ejército inmenso de pacíficos conquistadores.

Algunos años se pasaron así. Cada tarde Poblet decia á sus compañeros:

— Oremos, hermanos míos, oremos para que venga pronto el conde de Barcelona y para que las altivas torres de Ciurana vean ondear, triunfantes en su cima, las barras de Vifredo.

Y los tres solitarios oraban, oraban para que llegara pronto el conde, y el conde no llegaba.

La noche de un sábado, estando en oracion los penitentes, vieron bajar del cielo unas luces sobre la frondosa alameda que habia á corta distancia de la ermita hácia el oriente. Llamoles tal suceso la atencion y suspendieron sus rezos para entregarse á un momentáneo exámen. Tres eran las luces y todas de un vivísimo resplandor, cerniéndose como lenguas de fuego sobre la bóveda de follaje que se estendia bajo de ellas.

Al cabo de algunos minutos que contemplándolas estaban, desaparecieron

con mas rapidez de la que se habian presentado, pero casi al mismo tiempo los admirados solitarios veian salir de entre el espesor de la alameda tres blancas formas deslizándose una tras otra, mudas, silenciosas, graves.

Hubiérase dicho tres fantasmas. Eran tres mugeres.

Fueron adelantándose é iban á pasar por delante de los atónitos anacoretas sin dirigirles la vista que no levantaban del suelo, á no haberlas detenido la voz sonora de Poblet.

— Á dónde van las doncellas á tal hora por el valle?

— Á Ciurana.

— Á qué?

— Á conquistar para Dios las pobres almas extraviadas.

— Quién os envia?

— Eulalia.

— Quienes sois?

— Somos tres de sus hermanas.

— Eulalia vive pues aun?

— Eulalia vive y va á llegar con el ejército del conde conquistador de Lérida y Tortosa.

— Oh! gracias, Dios todopoderoso, — exclamó Poblet alzando con efusion las manos al cielo, — nuestros votos han sido oidos. Los héroes catalanes vienen á clavar sus victoriosas barras en Prades y en Ciurana. Les guia Eulalia habeis dicho! verdad, doncellas?

— Sí, ella les guia.

— Eulalia la mora un dia y hoy cristiana?

— Sí, Eulalia, favorita un tiempo del rey moro, y hoy la noble cristiana que enarbolando por pendon una cruz de ramas, ha reunido en torno suyo un ejército de doncellas para conquistar con la persuasion y el ejemplo á los infieles, antes que el conde les conquiste por la sangre y por las armas. Adios pues, hermanos! Á Ciurana vamos, que allí nos envia Eulalia.

— Adios pues, doncellas, pero cuidad que en Ciurana está la muerte.

— Moriremos bendiciendo á Dios.

— Id pues, nobles mártires!

— Y las tres doncellas se marcharon, mudas, tranquilas, resignadas. Caminaban hácia la muerte, ya lo sabian. Eulalia misma se lo dijera al enviarlas, ellas las primeras habian entonces pedido partir.

— Sereis víctimas, — las dijo Eulalia derramando una lágrima.

— Seremos mártires, — la contestaron con una sonrisa.

En efecto, al siguiente día Almira Almuminiz sorprendió á las tres mensajeras predicando los preceptos del cristianismo á un grupo de moros que las escuchaban atónitos, y despues de haber mandado desgarrar sus carnes por uñas de hierro y de haberlas visto espirar entre tormentos pero sonriendo, hizo colgar sus cuerpos de una torre del castillo.

Aquella misma tarde, cuando ya las luces de un sol moribundo arrojaban sus últimos y brilladores rayos, un grupo de caballeros cristianos celebraba consejo junto á un bosquecillo de hayas, al pié de los montes de Ciurana. Con los caballeros se veia á una muger. Era Eulalia. Detrás de ellos se extendia un bosque de lanzas. Era el ejército del conde catalan.

La que un día se llamara Anhuba, la que recibiera nueva religion y nuevo nombre de manos del solitario de Lardeta, habia cumplido su juramento. Años se habian tardado, pero la mora volvia, heroina y cristiana, al frente de un ejército á pedir cuenta á Almira Almuminiz de la sangre de su amante. Durante todo aquel tiempo habia seguido las banderas victoriosas de Berenguer IV, esperando la promesa que este le hiciera de ir á Ciurana; le habia acompañado á Tortosa y á Lérida y para no permanecer ociosa ni indiferente entre tantas victorias, habia agrupado en torno de la cruz de ramas del pobre ermitaño un número considerable de doncellas dispuestas á su vez á pelear en pro de la santa causa con las armas de la persuasion y de la dulzura.

El día en que la volvemos á encontrar, permanecia silenciosa oyendo los discursos de los caballeros, sobre el órden que guardar se debia para el ataque de Ciurana.

La conversacion andaba acalorada cuando, de pronto; dando un paso un caballero mozo y galan, en cuya frente brillaba el ardor de la gloria, dijo con entusiasmo al que parecia el gefe:

— Señor, dadme en feudo el castillo de Ciurana y el sol de mañana alumbrará ya en su torre el pendon cristiano de Wifredo.

— En feudo lo tendrás Ramon de Cervera, — contestó el conde don Ramon Berenguer IV, — si al primer albor de la mañana veo ondear en su torre mi bandera.

— Lo haré, señor, ó moriré en la demanda, — exclamó el aguerrido jóven.

— Y yo con él, señor, — exclamó entonces Eulalia con voz dulce.

— Pues bien, id y que Dios os gui, — dijo el conde. — Yo en tanto me dirigiré á la vega de Lardeta, para cortar la retirada á los infieles.

Ramon de Cervera mandó tremolar su pendon y tocar el clarin.

— Aquí los míos! — gritó. — A Ciurana!

Y la mitad del ejército se precipitó tras sus huellas y las de Eulalia, gritando como ellos:

— Á Ciurana!

La guarnicion no pudo ser sorprendida como esperaban. Almira Almuminiz habia sido advertido de la llegada de los cristianos y los aguardaba á pié firme, tomadas todas las precauciones de defensa. La lucha fué pues encarnizada, el combate horrible, aumentado su horror por la oscuridad de la noche. Allí donde era mayor el peligro, allí estaba la espada del valiente Ramon de Cervera; allí donde habia mayor número de heridos, allí de donde partian mas lastimeros ayes ó mas tristes gemidos, allí estaba Eulalia dando á besar su cruz de ramas á los moribundos, vendando las heridas de los que desfallecian, exhortando con palabras varoniles á los que se mantenian aun en pié.

Horá y media hacia ya que el combate duraba, cada vez mas envenenado, cada vez mas sangriento. Repentinamente, á larga distancia, viéronse brillar tres luces vivísimas bajando del cielo: eran las tres luces mismas que ya el día anterior los huéspedes de la ermita habian visto posarse sobre la alameda de Lardeta.

— Son las almas de nuestras tres mártires, cuyos cuerpos yacen colgados de la torre, — gritó con entusiasmo Eulalia señalando las tres luces al ejército. — Son ellas que bajan enviadas por Dios á prometernos la victoria.

Dijo, y agitó en el aire la cruz de que su mano estaba constantemente armada en medio del peligro.

A tales palabras, los soldados arrojaron, no ya un grito, sino un rugido de entusiasmo y se precipitaron furiosos contra el enemigo.

En el interin, el conde de Barcelona que avanzaba con la otra mitad de ejército hácia Lardeta, vió tambien brillar las tres luces misteriosas, como un mudo aviso del cielo. Asombrado de tal maravilla, apresuró el paso y llegó á la cueva ya conocida en toda la comarca por la *ermita de Poblet*.

Temió el conde que aquella cueva no encubriese alguna emboscada; así es que colocó sus soldados en disposicion de poder resistir á cualquier choque imprevisto y, adelantándose solo, dió con la espada en la puerta. Abrióse esta de repente y ofrecióse á la vista de todos el mas inesperado espectáculo.

En el fondo de la ermita, alzándose majestuosa sobre un modesto y sencillo altar, se descubria la imágen de la Reina de los cielos, rodeada

de luces y guardada solamente por tres anacoretas que oraban á sus piés enarbolando uno de ellos la santa cruz del Redentor.

Asombrado el conde se hizo algunos pasos atrás y cayó de rodillas prosternándose con él todo el ejército.

Entonces los tres solitarios empezaron á entonar un canto tierno, melancólico, solemne, lleno de unción y de poesía, al que prestaban un tinte sagrado de dulzura y de inefable encanto de religiosidad las sombras de la noche, la soledad, el silencio y la muda contemplación de todo un ejército de prosternados héroes.

Acababan las últimas notas del canto de perderse en el aire subiendo al cielo, cuando un puñado de guerreros catalanes se precipitó en el valle llevando á su cabeza á Eulalia que agitaba su cruz.

—Victoria! victoria! — gritó esta arrojándose hácia el conde. — Ciurana es nuestro. La mitad de la guarnición ha perecido y la otra mitad está prisionera junto con su rey Almira Almuminiz.

El gozo resplandeció en el semblante del conde, que llamando á los anacoretas les dijo:

—Ya lo veis, Ciurana es nuestro. El pendon catalán tremola en las cimas de estas montañas. En memoria de este suceso, y para corresponder también al secreto consejo que acaso quieran darme aquellas tres luces con su presencia en estos lugares, deseo aquí fundar un monasterio cual otro no haya en la cristiandad. Este monasterio llevará tu nombre,—dijo á Poblet,—ya que eres el primer ermitaño de esta comarca, y desde ahora lo elijo con todos mis sucesores en vida para recreo, y en muerte para descanso.

Estas palabras produjeron una inefable emoción de gozo en los tres compañeros. Habíase cumplido la predicción de Poblet; Dios le había destinado para dar nombre al monasterio.

Eulalia se adelantó.

—Señor, Ciurana ha caído ya y mi voto se ha cumplido. Mis compañeras y yo deseáramos pues retirarnos á concluir nuestros días con las religiosas de San Pedro de las Puellas.

Dióle el conde el permiso.

Al día siguiente el conde tomaba posesión del castillo y Eulalia, la Anhuba tan querida de Rodrigo, se retiraba al fondo de un claustro á llorar á su amante y á bendecir á Dios. Al día siguiente también empezaba á construirse el edificio.

Tres años después la ermita quedaba transformada en una iglesia de re-

gulares dimensiones con su altar y retablo á usanza de la época, bajo la invocación de la Virgen de la Humildad. Al propio tiempo el magnánimo conde hacia levantar otras dos iglesias, la una bajo la invocación de Santa Catalina y la otra bajo la de San Esteban.

Cuando ya la obra tocaba á su término, cuando ya don Ramon Berenguer IV, el que llaman nuestras crónicas el *Santo*, vió alzarse magestuoso y soberbio el edificio que debía ser un tiempo perla del suelo catalán, gloria de los monarcas aragoneses y envidia de los reyes de Castilla, entonces pensó en llamar á algunos virtuosos solitarios para que continuaran la obra por él tan santamente empezada, y entonces recordó asimismo sus ya antiguos y secretos deseos de introducir en sus estados la religión cisterciense.

Por aquel tiempo existía un hombre á quien los pueblos veneraban y á quien pedían consejo los reyes, un hombre que era la más firme columna de la Iglesia, de esa Iglesia que lo mismo producía entonces mártires que soldados; un hombre que agrupaba bajo las banderas de Cristo y que reunía á la sombra del claustro la flor de los caballeros de la flor de las familias; un hombre en fin que desde su abadía de Claraval, y con la reforma de San Benito, iba enviando ejércitos de *monjes blancos* (1) á todas partes y conquistándose el apoyo de todos los tronos de la cristiandad.

Este hombre era San Bernardo.

Á él recurrió el conde. Un mensajero partió un día para Claraval con una misión del cuarto de los Berenguers en que suplicaba á San Bernardo le enviase algunos religiosos de su orden para fundadores de aquel nuevo edificio que á su costa y cargos se estaba levantando. Oyó Bernardo el mensaje con particular agrado y dispuso darle exacto cumplimiento. Escojió pues trece monjes del Cister, confirió la dignidad abacial á uno de ellos y, del monasterio de Fonfreda en Narbona, los envió á Cataluña y á Poblet donde, junto con los tres anacoretas, formaron comunidad y vivieron bajo reglas cistercienses.

Á datar de esta época, fué siempre en aumento el monasterio de Poblet, empezando el conde por cederle todas las tierras circunvecinas, y para que los monjes viviesen con toda tranquilidad y cual requiera su instituto y grandeza, permanecieron en la vecina montaña de Ciurana los vasallos de Ramon de Cervera, sirviendo siempre de atalaya y defensa del monasterio en memoria del que fué su señor y del que un día, junto con el conde de Barcelona, libertara á todo el país del yugo sarraceno.

(1) Así eran llamados vulgarmente los monjes de la orden del Cister.

La religiosa casa que acababa de tomar nombre del ermitaño, no tardó en ser uno de los mas famosos y mas opulentos monasterios de toda España. Los reyes, los príncipes y magnates se esmeraron en enriquecerla con sus dones, los papas le tendieron su mano, los peregrinos llegaban en procesion á visitarla de todos los paises del mundo.

Cada día iba creciendo en suntuosidad, en esplendor, en magnificencia.

Pero, antes de pasar á otra época, antes de fijar nuestros ojos deslumbrados en los tesoros que encerraba Poblet, oigamos una de sus bellas leyendas.

#### IV.

SARRACENO, MONJE Y MARTIR.

(1156.)

Lupo, el rey moro de Valencia, envia á buscar una mañana á Amete, el hijo segundo de Almanzor, el rey moro de Carlet.

Lupo estaba sentado en su jardin á la sombra de un bosquecillo de olorosos naranjos cuando llegó el jóven Amete.

El jóven Amete!.. Las orillas del Turia no han producido nunca mozo mas gallardo ni mas galan. Nadie como él maneja una lanza, nadie como él puede domar un rebelde potro andaluz, nadie mas que él es vencedor en las cañas, nadie mejor que él sabe cantar amores al pié de la árabe ventana.

— Amete, — le dice Lupo, el rey moro — el conde Berenguer de Barcelona me brinda con treguas, deseo aceptarlas y necesito un mensajero que vaya en mi nombre á sellar el pacto con el de Barcelona.

— Yo seré ese mensajero — contesta Amete.

— Toma pues el mejor de mis caballos, toma para escolta la flor de mis soldados, escoje para hacer un presente al conde las mejores de mis joyas... Apresúrate y parte!

— Solo os pido un momento para besar la barba blanca de mi anciano padre Almanzor y dar un abrazo á mis hermanas Zaida y Zoraida.

Lupo le concedió este momento. Amete abrazó á su viejo padre y á sus bellas hermanas y en seguida partió.

Partió montado en un potro cordobés, negro como la noche, que igualaba al viento en su carrera. Cuatro soldados moros le seguian. Era toda su escolta. Amete no necesitaba mas. Era audaz y arrojado, valiente y temerario.

Ya muy entrados en Cataluña, en ocasion que atravesaban un espeso pinar, la noche les sorprendió, la noche envió un manto de tinieblas para envolverles.

La noche envió un manto de tinieblas para envolverles y un soldado moro dijo: — Allá abajo, á nuestra izquierda, á la luz del crepúsculo, poco há, he visto unos montes soberbios que escondian su frente en un turbante de nieblas; el sol al retirarse nadaba en un mar de sangre; el aire que azota nuestros rostros tiene un hálito de fuego. Vecina está la tempestad.

Vecina está la tempestad; se lo dice á Amete el viento que azota con desiguales y furiosas ráfagas las crespas cabelleras de los pinos; se lo dicen esos ruidos sordos, prolongados y lejanos que se oyen de noche en la montaña cuando se aproxima la tempestad y que parecen gemidos lanzados por las fragosas sierras al sentir el látigo del huracan. Sí, sí, — grita Amete — la tempestad nos sale al encuentro. Compañeros, á escape!

Á escape, ha dicho, y el bruto cordobés vuela, vuela con la rapidez de un águila que se lanza sobre una presa, con la velocidad de una flecha que rasga el aire. Bien pronto deja atrás á sus compañeros.

Deja atrás á sus compañeros y en tanto el huracan se desencadena. El viento silva como una monstruosa serpiente en la llanura y ruge como un leon entre los matorrales. Los pinos mas altos son tronchados, los árboles mas corpulentos siembran el camino. De la montaña bajan torrentes furiosos que arrastran, gruñendo, enormes peñascos. El cielo ha abierto sus cataratas.

El cielo ha abierto sus cataratas, y el valeroso potro ya tiene que saltar por sobre una barrera de árboles atravesados en el camino, ya resbala por la pulida pendiente de unas peñas, ya costea inteligente el hoyo profundo abierto por las aguas de la montaña, ya atraviesa á nado el torrente que cruza desbordado el bosque. Todo es destruccion y muerte, todo terror y espanto. De pronto....

De pronto un rumor de voces viene á mezclarse con el ruido del viento. Entre el desorden de los elementos, entre el rugir de la tempestad, entre